

bles autores, es una obra didáctica, un manual para el aprendizaje de la perspectiva, concebido en forma de diálogo entre maestro y discípulo y tiene importancia no sólo por el texto, testimonio único para conocer el proceso de aprendizaje de las disciplinas gráficas en el siglo XVII, sino también desde el punto de vista gráfico remitiendo a la representación e ideación de la arquitectura desde la propia perspectiva, abordándose también el estudio de los órdenes arquitectónicos, las arquitecturas ilusorias, las sombras y la construcción de los poliedros estrellados y ha sido estudiado exhaustivamente, concluyendo que este anónimo autor es el primer representante en nuestro país de los avances alcanzados por la perspectiva en la Europa del norte.

Rosario CAMACHO MARTÍNEZ
Universidad de Málaga

CAMACHO MARTÍNEZ, Rosario. *José Martín de Aldehuela (1724-1802). Del ornato rococó a la arquitectura hidráulica*, Málaga, Fundación Málaga, 2014.

El título del libro –eficaz, rotundo e ilustrativo– enmarca a la perfección el contenido del mismo y constituye casi una declaración de principios por parte de la autora: Rosario Camacho Martínez, catedrática jubilada del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Málaga, profesora y maestra de varias generaciones de docentes e investigadores universitarios, experta en arquitectura barroca pero también en arte contemporáneo y en patrimonio histórico, de cuya defensa podemos considerarla una “activista” en virtud de las continuas iniciativas que lleva a cabo para su protección y de la conciencia ciudadana que ha contribuido a crear en Málaga para la tutela del patrimonio.

Con el entusiasmo de un novel y la meticulosidad y el rigor de una historiadora experimentada, Rosario Camacho afronta el estudio biográfico, artístico y profesional del arquitecto aragonés, afincado primero en Cuenca y finalmente en Málaga, José Martín de Aldehuela, alertándonos ya desde el título (desprovisto de la retórica innecesaria y a menudo superflua con que se enuncian hoy algunos libros y artículos) del periodo histórico y cultural en que se desenvuelve Aldehuela, a caballo entre el Barroco y el Neoclasicismo, así como del complejo arco profesional y artístico de su actividad, que le llevó a realizar obras de muy diverso calado y entidad –como evidencia el título–, desde delicadas decoraciones de interiores civiles y eclesiásticos hasta imponentes obras de ingeniería, como el famoso y espectacular Puente Nuevo de Ronda (Málaga), cuya imagen forma parte ya de nuestra cultura visual, artística y arquitectónica.

Nada es baladí en este libro, empezando por la Introducción, donde la autora sienta las bases metodológicas de su estudio y comienza analizando el devenir histórico e historiográfico de Aldehuela, partiendo de sus biógrafos coetáneos, como Ceán y Ponz (a quien Camacho define como “uno de los mayores paladines de la hostilidad hacia el barroco”, evidenciando con ello la ponderación que guía y ha guiado siempre sus investigaciones), hasta los estudios más recientes sobre determinadas obras de Aldehuela y su entorno, especialmente durante su etapa conquense. Camacho traza con agilidad el mapa necesario para adentrarnos en los sucesivos capítulos sobre la personalidad y la obra de este arquitecto-artista o inventivo, según definición de la propia autora ¹, incomprendido por la neófita e intransigente Academia de Bellas Artes de San Fernando a pesar de su sólida formación técnica y artística y de la consolidada reputación que construyó y disfrutó durante su larga vida.

Tras la Introducción, Camacho nos presenta “El marco de la vida y de las relaciones profesionales” de José Martín y, a continuación, “El medio de formación”, dos capítulos consecutivos e íntimamente unidos, que constituyen el planteamiento de la narración. Primero se dibuja el entramado familiar en el que nace y crece Aldehuela, proporcionándonos un conocimiento fundamental no sólo para explicar las raíces de su formación artística y profesional, sino también para entender el contexto social, cultural y profesional en que se desarrolló el protagonista (formado como retablista y perfeccionado después como arquitecto), construyendo una red de vínculos familiares y relaciones sociales que resulta imprescindible para comprender el complejo mundo de los “viejos” y tradicionales talleres artísticos, una estructura de producción organizada que estaba vigente en muchos lugares de España, aunque era contraria a la nueva ideología de la Academia de Bellas Artes. De la mano de Camacho, vamos aclarando muchas dudas sobre la relación de Aldehuela con los arquitectos más relevantes del momento, especialmente con el clasicista Ventura Rodríguez, y vamos conociendo también su proceso formativo y las raíces de su educación intelectual y de su imaginario artístico, perfilándose como un arquitecto versátil, que supo nutrirse con las formas, las técnicas y las ideas artísticas de su controvertida época, marcada por el cambio y la transición, para satisfacer los gustos y las necesidades simbólicas y funcionales de sus muy variados comitentes, ya fueran eclesiásticos o civiles. La autora nos sitúa frente a la realidad cotidiana de Aldehuela (y, por extensión, de todos sus colegas), ante sus dificultades y sus éxitos laborales, ante los vaivenes de un trabajo que le obligaba a desplazarse en función de la demanda y, en virtud de ello también, le permitía exhibir su versatilidad profesional y su capacitación para todas y cada una de las fases del proceso constructivo, así de retablos como de fábricas, pudiendo trazar un capitel o una moldura ornamental con la misma aptitud con la que llevaba a cabo una obra de fontanería urbana o un trabajo de ingeniería hidráulica, personificando así un tipo secular de arquitecto que sería aniquilado por el afán normativo y la división disciplinar de la Academia. Con la precisión de los datos contenidos en los archivos, que Camacho investiga con la vivacidad de un doctorando, se analiza además el patrimonio raíz y mueble que acumuló Aldehuela y el activo

¹ Yo lo califico así porque así lo creo, pero la definición es tuya y consta en p. 15 de la introducción.

y decisivo papel de las esposas (asimismo extensible a otros casos similares) en el desarrollo de los talleres profesionales, pues los bienes de la mujer podían ofrecerse como fianza para lograr la adjudicación de un obra. Una vez definido el marco, Camacho nos presenta el medio en el que se formó y progresó Aldehuela, componiendo un rico y valioso retrato de la Guerra de Sucesión y de sus consecuencias artísticas en Valencia y el Reino de Aragón, tierras fronterizas, duales y limítrofes, especialmente sensibles al intercambio de ideas y de formas, donde Aldehuela encontraría la cantera de su instrucción artística y profesional. El uso preciso de un lenguaje técnico y de gran riqueza nos alerta sobre la madurez de la autora y contribuye aquí a amenizar el texto, evidenciando de paso la necesidad de utilizar y difundir entre los lectores estos términos específicos de la arquitectura. Una a una vamos conociendo las peculiaridades políticas, económicas y sociales de las ciudades donde trabajó Aldehuela, marco necesario no sólo para dimensionar correctamente la enjundia del arquitecto y de sus principales colegas —entre los que destaca Ventura Rodríguez y el barroco clasicista romano— sino también para conocer el desarrollo de las propias urbes, que experimentaron en el siglo XVIII un cambio sustancial, empezando por Teruel y Cuenca y concluyendo con un brillante y ajustado retrato de la ciudad de Málaga, ciudad industrial que se vio favorecida por las leyes del libre comercio con América promulgadas por Carlos III.

Sentadas las bases de su narración, Camacho nos adentra en el nudo y desenlace de la misma, construyendo sendos capítulos sobre “La etapa inicial. Obras de Teruel y primeras de Cuenca” (páginas 77-94); “El segundo estilo de Aldehuela. Hacia el barroco-clasicista” (páginas 95-164), y “La tercera etapa. Obras en Málaga y Granada” (165-280). Página a página acompañamos a Aldehuela en su devenir profesional y artístico, guiados por un exhaustivo análisis de todas y cada una de las obras, con exactas descripciones de las mismas y acertadas adscripciones estilísticas. La autora nos revela la influencia de F. Chueca Goitia en la estructuración del libro como un recorrido lineal y progresivo por la vida y las obras de Aldehuela, componiendo partes sucesivas que marcan la evolución profesional, el progreso artístico y la paulatina modernización del arquitecto, así como el punto de inflexión que supuso en su trayectoria el encuentro con Ventura Rodríguez en Cuenca. De nuevo, la agudeza del análisis formal y el acierto de las filiaciones conviven con la precisión de los datos documentales, que nos informan sobre la entidad de una obra, expresada en términos económicos, o sobre su proceso constructivo, expresado esta vez en términos de duración y tiempo, proporcionándonos coordenadas esenciales para valorar en toda su dimensión una empresa arquitectónica. Y al hilo de la narración emergen también las influencias de algunos grandes como Bernini o Borromini, o la brillantez de Aldehuela para vencer la dificultad de construir en espacios extremadamente pequeños (p. ej. capilla del Pilar, catedral de Cuenca), o en fin las soluciones que extrajo de la moderna arquitectura oblicua de Caramuel. Cuenca se revela como una etapa de marcada influencia italiana, con un número considerable de obras que imprimen también carácter a una ciudad sobrada de ello y donde Aldehuela se nos muestra no sólo como tracista o arquitecto inventivo, sino también como contratista y arquitecto práctico, adquiriendo una madurez que pondrá de manifiesto durante la tercera y última etapa

de su vida en Málaga y Granada. Rosario Camacho recrea el auge de la ciudad de Málaga en la segunda mitad del siglo XVIII y nos desvela las claves de una época dorada a cuyo esplendor contribuyó decisivamente el obispo D. José Molina Lario, responsable de la presencia de Aldehuela en la ciudad y del resurgimiento arquitectónico y artístico que vivió su catedral de la mano de ambos. Condicionado por la Academia de San Fernando a domeñar su temperamento, Aldehuela se muestra en estas obras más clasicista y contenido, aunque sin renunciar a su formación, a su genio inventivo y al lenguaje ornamental que definió en la etapa anterior y que también quedan patentes en las otras obras religiosas levantadas en Málaga por su condición de Maestro Mayor del Obispado (1782), asimismo analizadas con una encomiable precisión y agudeza. El capítulo se completa todavía con las considerables actuaciones de Aldehuela en la arquitectura doméstica, viviendas rurales y jardines, todas ellas muy bien documentadas, y culmina con los encargos de la Administración y las obras de ingeniería en Málaga y su territorio, incluyendo el famoso y ya mencionado Puente Nuevo de Ronda y otros más en los que se establece con precisión la responsabilidad de Aldehuela.

Cierra el libro un breve y esclarecedor capítulo sobre “El taller de José Martín de Aldehuela”, cuya biografía profesional ha servido también a la autora para estudiar los diferentes empleos o títulos que ejerció el arquitecto durante su dilatada vida. La composición del taller termina de formar el retrato de Aldehuela como un arquitecto de transición, a caballo entre una cultura agonizante y una nueva ideología emergente: la presencia de su hijo mayor, Antonio Vicente Martín Esteban, nos habla de la pervivencia de unos procesos formativos y unas estrategias profesionales a punto de extinguirse, mientras que la figura de su discípulo Silvestre Bonilla Cebrián, que en 1803 logró el título de arquitecto por la Academia de San Fernando, evidencia ya el triunfo de una nueva mentalidad artística y profesional.

Una cuidada y extensa bibliografía, así como un útil listado de siglas y otro más de créditos de las ilustraciones, ponen fin a este libro “vitruviano” en cuyo texto se conjugan la solidez, la utilidad y la belleza. Las 255 notas a pie de página nos conducen por los fondos documentales, los artículos y los libros dedicados a Aldehuela y su contexto, mientras las casi 300 fotografías, incluyendo planos originales y autorizadas axonometrías, ilustran sus proyectos y nos permiten —especialmente algunos detalles arquitectónicos y ornamentales— comprobar la capacidad inventiva y la sutileza de José Martín de Aldehuela. Rosario Camacho Martínez cumple sobradamente con los dos objetivos que ella misma se fijó, según declara en la Introducción, al emprender este trabajo: hacer un estudio completo y lo más divulgativo posible. El perfecto equilibrio que logra entre la erudición y la narración, entre la proliferación de datos documentales y de análisis perspicaces, facilitan la lectura de un libro necesario que destila, a partes iguales, madurez y entusiasmo.

Beatriz BLASCO ESQUIVIAS
Universidad Complutense de Madrid